

El mundo de los muertos en la poesía neogriega y en la *Odisea* de Kazantzakis

MIGUEL CASTILLO DIDIER*

Para Oscar Gerardo Ramos, la katábasis, el descenso de Ulises al mundo de los muertos en la rapsodia undécima de la *Odisea*, significa la bajada a las regiones recónditas del inconsciente, al fondo misterioso y complejo de su propio ser¹. Como quiera que sea, es un hecho que el pasaje siempre hará meditar al lector de los poemas homéricos en torno a la más segura y terrible de las realidades humanas, la muerte y el posible o imposible más allá. Como lo señala José Pabón, “tomados en la totalidad del texto transmitido, no nos ofrecen los poemas homéricos una idea del todo coherente acerca de la vida ultraterrena. Hállanse en ellos restos de ‘animismo’, sobre todo en el episodio de los funerales de Patroclo (*Iliada*, XXIII); y aun dentro de la ‘Nekyía’ o ‘evocación de los muertos’ (*Odisea*, XI), las representaciones no pueden reducirse a entera unidad; con todo la concepción fundamental es la que se indica en el texto: eliminación de los difuntos del mundo de los vivos y vanidad de las sombras recluidas en el Hades”².

* MIGUEL CASTILLO DIDIER: Profesor de la Universidad de Chile, ensayista y traductor de la poesía griega.

¹ O.G. Ramos, *La Odisea: un itinerario humano*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1970, pp. 78-87.

² J. Pabón, *Homero*, Ed. Labor, Madrid, 1947, p.32.

El contenido central de la meditación existencial de Homero y de Ulises frente a la muerte, acaso resumida en el episodio de la “katábasis”, perdura en el mundo de la poesía popular neogriega, a pesar del paso de tres milenios, así como también en aquél de la nueva peregrinación del viejo personaje, a través del oceánico poema de Nikos Kazantzakis (1883–1957), que repitió el título y casi triplicó la extensión de la antigua epopeya³.

Cuántas veces se han citado y cuántas han sido releídas las patéticas palabras de Aquiles ante la interrogación que le formula Odiseo: “No trates de consolarme por la muerte, noble Ulises. Antes quisiera vivir sobre la tierra, trabajando a jornal de un hombre pobre, que reinar sobre todos los muertos”⁴. Lo sombrío de la respuesta, la angustia patética que la empapa, provienen del tremendo aserto de que la muerte no admite consuelo alguno.

Sombra rey o simple sombra, sombra en un lugar de tinieblas donde no hay castigo ni premio, sino sólo desgarrada nostalgia por el mundo de la luz, por la vida irremediablemente perdida. Imaginadas por los vivientes, sombras en una especie de vida no-vida, en un vestigio levísimo de vida, que consiste en sufrir en un lugar subterráneo, el “kato kosmos”, el recuerdo punzante del espacio terreno; el “apano kosmos”, el lugar de la luz y de la vida, con sus sufrimientos y alegrías. Imaginar a estas sombras, hacerlas revivir y hablar, con tristeza inconsolable, a través de breves poemas, que se salmodian ante los cadáveres o en ocasiones de desgracia y recuerdo de duelos, es lo que hace la poesía popular griega moderna, la poesía mortuoria neogriega, la cual, junto a otras manifestaciones de la poesía popular, lírica y épico-lírica, acompaña al pueblo griego al menos desde hace un milenio.

En esta poesía –los *miroloyia*: cantos de la muerte y la fatalidad–⁵, los difuntos realizan la acción opuesta a la catábasis del viejo Odiseo. No es el descenso de un viviente, sino el ascenso, la anábasis de los muertos, la que se cumple en estos poemas. Esta *anábasis* es repetida en cientos y cientos de cantos en los que las mujeres hacen ascender a los difuntos a la vida aunque sólo a través de la poesía, pues siempre ellos hablan desde el Hades.

³ Sobre el poema pueden consultarse, en castellano, nuestros trabajos: “Algunas notas sobre la *Odisea* de Kazantzakis”, *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, N.º. 5, 1970 (Santiago); “Introducción” a la *Odisea* de N. Kazantzakis, trad., notas, síntesis en prosa, glosario, Ed. Planeta, Barcelona, 1975; “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”, *Byzantion Nea Hellás*, N.ºs. 3-4, 1972-73 (Santiago).

⁴ Homero, *Odisea*, XI, 488 y s.

⁵ Μοιρολόγιον < μοιρλότι: *miroloï*, canto de la μοῖρα, mira.

Paradójicamente, en un pueblo tan profundamente cristiano como el griego, en la poesía popular –que lo acompaña desde el nacimiento hasta la muerte en todas sus actividades, penurias y alegrías–, el mundo de los muertos es muy semejante al que nos describieron los paganos, al que pintó Homero. Es un lugar subterráneo y sombrío. Es, como hemos dicho, el mundo de abajo, el “kato kosmos”, opuesto al mundo de arriba, el “apano kosmos”. Abajo la oscuridad; arriba la luz. Abajo la inexistencia, ni castigo ni premio ni esperanza de una u otra cosa; arriba la vida, recordada con nostalgia intensa, a pesar de sus dolores e incertidumbres.

En ese oscuro mundo de sombras impera un personaje que evolucionó curiosamente desde la antigua mitología a la nueva. Es Caronte –no el viejo barquero de la laguna Estigia, sino un negro jinete que sale por las noches a cazar a los humanos, a quienes muchas veces desafía primero a luchar en una blanca era, en una mármorea era. Una simple fórmula lo describe en estos *miroloya*, poema de la “moira” (“mira” en el sistema fonético moderno):

Negro es, de negro viste, / negra es su cabalgadura.

Este personaje posee características un tanto humanas. Tiene madre y esposa. Se hace servir por los muertos, con quienes muestra cierta comprensión, aunque nunca puede concederles lo imposible: el volver a la vida.

Os diré una canción triste, / un canto muy dolorido;
ni de viudas lo escuché / ni tampoco de casadas;
la madre del cruel Caronte / decía este *miroloï*:
–Los que hijos tenéis, guardadlos, / también si tenéis hermanos;
vosotras, buenas mujeres, / ocultad a vuestros hombres,
que tengo un hijo bandido, / tengo un hijo cazador;
y todas las noches sale / y al amanecer asalta;
donde halla tres, toma dos; / donde halla dos, toma uno;
si a uno solitario encuentra, / es a ése al que extermina.
Y helo allí cómo atraviesa / por los campos cabalgando:
negro es, de negro viste, / negra es su cabalgadura;
lleva un puñal de dos filos / y espada desenvainada;
para la cabeza espada, / puñal para el corazón⁶.

⁶ Ver nuestra *Antología de la literatura neohelénica*, Ed. Andrés Bello, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Santiago, 1971 (2a. ed. Caracas, 1986), p. 139.

Así responde Caronte a una niña que quiere volver a su casa en la tierra
–esto dentro del poema que canta la madre de la difunta:

Oh mi sol, mi sol querido, / que por todo el mundo giras,
anteayer perdí a mi hija, / a mi hija bien amada;
¿no la habrás visto quizás / por tu extendido camino?
–Ayer, anteayer la vi / en la mansión de Caronte.
Comía su pan Caronte / y la niña lo alumbraba,
y sus ojitos lloraban / como una fuente de mármol,
y su corazón temblaba / como un almendro marchito.
De tanto servir, la copa / de sus manos se cayó;
no cayó sobre unas piedras, / no cayó en el empedrado:
entre los pies de Caronte / cayera y se ha derramado.
Mal le pareció a Caronte; / vuélvese y así le dice:
–¿Qué tienes, niña, que lloras / tan negras y amargas lágrimas?
¿Por qué tus ojitos lloran / como una fuente de mármol?
Si por tu madre te apenas, / ¿quieres que envíe a buscarla?
–No, por mi madre no lloro, / y no envíes a buscarla.
–Si por tus hermanos lloras, / ¿quieres que envíe a buscarlos?
–Por mis hermanos no lloro, / y no envíes a buscarlos.
¡Sólo lloro por mi casa / y por el mundo terreno..!⁷
–¡Ay! Por tu casa es que lloras: / ¡ya no volverás a verla!

La misma inflexibilidad debe mostrar el siniestro personaje cuando, después de haber vencido a un joven en combate de un día sobre una era de mármol, éste suplica lo deje vivir algo más: las cosas del mundo de los vivientes las resolverán quienes siguen en él. Hay innumerables variantes de este motivo, pero al final el dictamen es siempre inexorable. La altiva resistencia ante Caronte se troca en humildad y ruego inútiles:

Yo no he de entregar el alma / sin que haya necesidad.
En la marmórea era / ven, salgamos a luchar;
si me vencieras Caronte, / mi alma puedes tomar;
pero si yo te venciera, / seguirás por tu camino.

⁷ Ibid., p. 136.

Se cogieron y lucharon / desde el alba hasta la tarde;
y al término de su vuelta, / cuando el sol quiere ponerse,
se oye el lamento del joven, / muy tristemente suspira:
– ¡Déjame, Caronte, déjame, / déjame vivir te ruego!
Tengo el queso en la balanza, / sin trasquilar los corderos;
y tengo mujer muy joven: / viuda no debe quedar;
y tengo un hijo pequeño: / huérfano no debe ser.
– Los corderos se trasquilan / y ya se pesa el quesillo;
el huérfano ya se marcha / y ya se arregla la viuda⁸.

La nostalgia de los muertos es apagada o suavizada por el alejamiento del recuerdo que trae el beber en la fuente del olvido. Pero los vivientes pueden remover el agua de aquella fuente del Leteo, cuando lloran a la hora del crepúsculo. Entonces Caronte puede castigar a quien reanima en sus muertos el anhelo de volver a la vida, enviando por un segundo al difunto a la tierra, en forma de aterradora visión: Nadie quisiera presenciar esta *anátesis* macabra. Ni siquiera el propio muerto desea ofrecer un espectáculo horrible a quien lo llora:

Quisiera yo, madrecita, / pedirte una gran merced,
que nunca al ponerse el sol / un miroló me cantes:
está cenando Caronte, / con su mujer, Carontisa;
yo les escancio la copa, / con un cirio les alumbro.
Y al oír tu vocecita, / mi pecho se estremeció,
y se me quebró la copa, / se apagó la luz del cirio,
y el vino se derramó / en medio de los difuntos;
quemó vestidos y adornos / de novias y apuestos mozos.
Se enoja, entonces, Caronte, / me envía a la negra tierra;
mi boca llena de sangre / y mis labios de veneno⁹.

Los vivientes tienen que convencerse de la fatal separación sin fin que trae la muerte. Esta es una, entre muchas maneras, en que un niño pequeño habla a su madre, que le ofrece flores, alimentos, agua tibia, lindos vestidos, para tratar de que rehaga su camino:

⁸ Ibid., pp. 141-143.

⁹ Ibid., 139.

–Alégrate con las flores, / guarda para ti las rosas;
si tienes almuerzo, tómalo; / y si cena tienes, cómela;
y si tienes agua tibia, / lávate con ella tú;
si tienes vestidos, vístelos; / si tienes lecho, en él duerme.
Yo el camino que he pasado, / no lo vuelvo ya a pasar;
voy a los montes del Hades, / voy a la fuente del Hades;
el suelo tengo por lecho; / la tierra tengo por sábana,
y bebo el negro veneno / que gotea de la lápida...¹⁰.

Los muertos deben convencerse no sólo de la imposibilidad de volver al mundo terreno, sino también del hecho fatal de que pronto son olvidados allá arriba.

En este canto, que reproducimos en fragmentos, los mismos difuntos tratan de convencer de esta fatalidad a una niña que pretende acompañarlos en un vano intento por escapar del Hades:

Hay tres valientes que quieren / salirse del negro Hades;
el uno en la primavera / y el otro en el verano;
el tercero en el invierno, / cuando maduran las vides.
Una niña les implora, / cruzando sus blancas manos:
–Apuestos mozos, llevadme, / llevadme al mundo terreno.
–No podemos, bella joven, / no podemos, bella niña;
el rumor de tus vestidos, / el brillo de tus cabellos,
el ruido de tus zapatos, / Caronte lo sentiría.
–Mas dejaré mis vestidos / anudaré mis cabellos,
y mis finos zapatitos / los he de arrojar al fuego.
Llevadme, valientes mozos, / llevadme al mundo terreno,
para ir a ver a mi madre, / que triste me está llorando.
–Niña, en medio de la calle, / tu madre charlando está.
–Para ir a ver a mi padre, / que tristemente me llora.
–Niña mía, en la taberna, / está tu padre bebiendo.
–Para ver a mis hermanos, / que tristes lloran por mí.
–Niña mía, tus hermanos / juegan con las piedrecillas.

¹⁰ Ibid., p. 134.

–Para ir a ver a mis primos, / que tristes lloran por mí.
–Niña, tus primos están / bailando en alegre fiesta.
Suspiró muy tristemente / la niña en medio del Hades...¹¹.

El motivo del Hades como mundo oscuro donde los muertos sólo sufren por la nostalgia de la tierra donde hay luz y vida, no sólo impregna toda la vasta poesía popular de la muerte, los *miroloyia* sino que aparece en obras de autores letrados, conocidos. Entre ellos destaca Bergadís, uno de los mayores representantes del temprano renacimiento cretense, extraordinario florecimiento de las letras que se desarrolla en la isla de El Greco en el siglo XVI y casi dos tercios del XVII, hasta 1669, año en que Creta es conquistada por los turcos. Entre otras obras de Bergadís, poeta de quien se desconoce el nombre de pila, se conserva el *Apókopos*, publicado en Venecia en 1519. Este poema es precisamente la primera obra neogriega impresa. El título está tomado del verso, en que el autor dice que una noche “de fatiga, *apó kopu*, me quedé dormido”. En su sueño persigue a una cervatilla y se sube a un árbol para verse luego repentinamente en el Hades. Allí los muertos le preguntan ansiosamente por el mundo terreno. El poeta en apariencia comienza a escribir un poema didáctico sobre el motivo del *memento mori*. Pero su obra está llena de luz y esplendor y de vida, expresadas a través de los anhelos de los difuntos.

He aquí un fragmento en que un habitante del Hades habla al poeta y lo interroga:

Tú que vienes desde el mundo, / del país de los vivientes,
dinos si el cielo perdura / y si existe el mundo aún.
Dinos si relampaguea, / si truena y llueve y hay nubes,
y si aún la Láctea Vía / corre y ondula en el cielo;
si hay árboles y jardines / y si hay pájaros que trinen,
si perfuman las colinas / y si las plantas florecen,
si los prados están frescos / y la brisa sopla suave,
si aún brillan en el cielo / las estrellas y el lucero.

¹¹ Sobre este período de la historia literaria griega, ver: Alexandre Embiricos, *La renaissance crétoise et XVII^e siècles*, Collection de l'Institut d'Études Byzantines et Néo-Helléniques de l'Université de Paris, Les Belles Lettres, Paris, 1960. En castellano: L. Politis, *Historia de la literatura neobelénica*, trad. Goyita Núñez, Editorial Cátedra, Madrid, 1994, y nuestra *Antología de la literatura neobelénica*, pp. 151-178.

¡Ah! quebrárase la lápida, / se removiera la tierra,
y los míseros se alzarán / desde sus lechos sin sol.
Volviera nuestro semblante, / tornara la juventud,
pudiera hablar nuestra lengua, / se escuchara nuestra voz,
pisáramos en el mundo, / paseáramos por la tierra,
y cabalgando anduviéramos, / llevando nuestros halcones.
Y se nos adelantaran / a las casas los lebreles,
y se esparciera la nueva / de que vuelven los ausentes,
y viéramos quién saldría / para venir a encontrarnos,
y quién nos recibiría / a la entrada del solar¹².

Contrasta el tono y la luz de esta obra con otra, del poeta cretense Ioanis Pikatoros, contemporáneo de Bergadís. También aquí se narra un viaje, en sueños, al Hades. Las sombras, la tristeza amarga y hasta la sangre recorren los 563 versos de esta “Rima de lamentación al amargo e insaciable Hades”. Su descripción de Caronte y del carácter de su reino subterráneo no está lejos, en el fondo, de la que hace la poesía popular. Sólo que en Pikatoros hallamos más palabras, más detalles, y faltan la sencillez y concisión con que se expresa el poeta demótico. He aquí un fragmento:

Entonces corrí a la caverna, / a aquel lugar oscuro,
con grande sudor y con grande fatiga.
Penetré allí y divisé / a uno vestido de negro.
Volvíme al momento atrás: / el dragón estaba en la entrada;
y abrió al punto las fauces / y brotó negra humareda,
y el de negro me cogió / y me colocó en las fauces.
Me apreció derrumbarme / al fondo de la oscura tierra,
me sumergí, atravesé, / abajo hasta el mismo Hades.
Y hallé las puertas cerradas, / afuera estaban las llaves;
y había pendones negros / extendidos por afuera.
Y vi a Caronte irritado / que entraba y que salía,
asesino y carnicero, / tintas las manos con sangre.
Montaba un caballo negro, / también llevaba un halcón
y en las manos apretaba / un arco y una saeta,
y un semblante mostraba / feroz, hostil, oscuro,
su broncea vestimenta, / toda entera ensangrentada.

¹² *Antología...*, p. 173.

La descripción del Hades coincide también en lo esencial, y no en lo formal, con la que hallamos en la poesía popular:

Aquí alegrías no hay / ni los adornos recuérdanse,
y las ropas que se visten / se funden y se deshacen,
hablan sin voz, y humilladas / andan por allí las gentes.
Conocidos desconócense, / amigos no se recuerdan,
ni vecinos se interrogan, / ni seres queridos se hablan.
Ni dejan a los muchachos / amarse con las muchachas,
y ni tampoco abrazarse / ni besarse unos a otros.
Los años aquí no pasan, / ni se recuerdan los meses,
ni las horas son contadas / en el solar de Caronte ¹³.

Nikos Kazantzakis contribuyó enormemente a dar a conocer a Grecia Moderna, a su pueblo y su literatura, rompiendo con sus obras las barreras del aislamiento lingüístico y del peso aplastante de la gloria clásica. El autor cretense, por paradójica, fue apreciado en el mundo principalmente por sus novelas, ocho de ellas traducidas a diversos idiomas y tres adaptadas al cine: *Cristo de nuevo crucificado*, *La última tentación* y *Vida y hechos de Alexis Zorbas*, esta última con el título de *Zorba el griego*. El escritor griego, en cambio, estimaba más su teatro, al que dedicó la mayor parte de su vida creadora, y por sobre todo amaba a su oceánico poema *Odisea*, publicado en 1938, pero en el cual había trabajado al menos desde 1922. Seis versiones habían salido de su pluma antes de que la séptima –y no la más larga, de 33.333 versos– entrara a las prensas en 1938. Sabemos que la idea misma de dar forma a un nuevo viaje de Odiseo la había concebido en 1914, seis años antes de que apareciera el *Ulises* de Joyce, obra con la cual tiene grandes diferencias, pero con la que coincide en el intento de expresar al hombre contemporáneo a través del viejo mito uliseano¹⁴.

Nada fácil resulta referirse a la *Odisea* kazantzakiana en pocas palabras. Para el poeta, como dijimos, era la obra de su vida: “Creo que toda mi alma, toda la llama y la luz que he podido hacer brotar de la materia de la que estoy

¹³ Ibid., p. 166.

¹⁴ Esbozos de paralelos entre estas dos obras en W.B. Sandford, *The Ulysses Theme*, Basil Blackwell, Oxford, 1973, y en nuestro ensayo ya citado “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”.

moldeado, se expresan en la *Odisea*". Y resulta arduo tratar de señalar a través del comentario la fantasía visionaria del escritor, pues esta obra representa en sí misma una summa, en cierta manera, de las visiones que la imaginación humana puede engendrar. Como expresa Baudier, "ellas se sitúan fuera del tiempo y del espacio, pero están animadas de una realidad y una dimensión tales que se imponen para siempre al espíritu. Masacres, orgías, incendios, revueltas populares, ciudades ideales, desiertos del Africa, hielos del Polo, fantasmas de aquellos a los que amó o admiró: Cristo, Buda, Don Quijote, Homero; gente del pueblo, campesinos, pescadores, pastores, artesanos y cazadores, compañeros fieles, una galería de mujeres: allí está el mundo vivo en colores, violento, desmesurado, centelleando en cada verso, a través de imágenes fulgurantes que creó un poeta visionario. Sus visiones, que son a menudo las de un vidente, poseen un color, un relieve, una realidad asombrosa. Toman a veces la amplitud de visiones cósmicas y proféticas". Hasta aquí Baudier¹⁵.

Pero todas estas visiones, acciones, reflexiones, ¿en torno a qué? En torno a la desesperanza, en torno a la lucha sin esperanzas, en torno a la muerte, en último término. "La *Odisea*, dice Robert Levesque, no es más que una serie de deslumbrantes variaciones sobre el tema de la no esperanza"¹⁶. Luchar sin recompensa y sin esperanza es el mandato supremo de la *Ascética*, el opúsculo de 1923, que resumió el pensamiento de Kazantzakis. Aquel breve folleto y el oceánico poema de 33 mil 333 versos de 17 sílabas que apareció 15 años después, constituyen el núcleo de toda la vasta producción de poesía y prosa, de novela y de teatro del autor cretense. "Sus obras—afirma Aziz Isset, en un estudio sobre la *Odisea*— son todas facetas de una sola y única preocupación. En este sentido, la vida y obra de Kazantzakis forman un todo indisoluble, una suerte de pirámide de gradas, cuyas cuatro caras poseen la misma importancia: Cristo, Buda, Lenin, Ulises. En su base, Nietzsche, o mejor aún, ese terreno medio oriental abierto a todas las culturas, a todas las profecías. Lo podremos ver de modo fulgurante en la *Odisea*"¹⁷. Pero aquí no podemos intentar echar una mirada a ese mundo extraño y enceguecedor de la *Odisea*, sino sólo a algún aspecto de una de sus

¹⁵ M.L. Bidal Baudier, *Cómo el hombre se hace inmortal*, trad. P. Canto, Ed. Lohlé, Buenos Aires, 1986, p. 30.

¹⁶ R. Levesque, "Un Ulysse moderne", *Cahiers du Sud*, N° 377, p. 356.

¹⁷ A. Izzet, "Nikos Kazantzakis", *Cahiers du Sud*, N° 377, p. 347.

aristas importantes: la presencia de la muerte y del mundo de los muertos. Así pues, de este “himno a la grandeza del hombre, a la frágil grandeza del hombre”¹⁸, como califica al poema Alain Decaux, sólo podremos entrever unos cuantos fragmentos, que acaso uno solo de sus versos podría resumir:

Sólo un instante es la vida, / y la muerte es infinita.

Un simple esquema del nuevo viaje de Ulises ideado por un descendiente suyo en la lengua que aquél habló, y hablada ininterrumpidamente por sus herederos durante más de tres milenios, no puede dar una idea de la complejidad de la obra. Pero sí será útil para poder después referirnos a la presencia de la muerte y del mundo posterrenal en el poema.

Surgiendo desde la vieja epopeya en el momento en que de regreso a la patria ha dado muerte a los pretendientes de su mujer, Odiseo, tras vivir en su isla natal algunas emociones y experiencias y sentirse ahogado en la pequeñez de su diaria existencia, parte para siempre de Itaca, sin rumbo fijo, con unos pocos compañeros. El viaje se enfila luego hacia Esparta, donde después de ayudar a su decadente monarca Menelao a contener una sublevación, rapta a Helena. Navega nuevamente sin senda determinada, para decidir finalmente desembarcar en Creta. Allí conoce nuevos personajes y participa activamente en una revolución popular que destruye al régimen imperante, odiado por su crueldad, abusos y corrupción. Cumplida esta tarea, se da al mar nuevamente para llegar a Egipto en momentos de grandes conmociones sociales. Toma parte también en ese país en una sublevación, que fracasa. Luego de la derrota de los revolucionarios, Odiseo encabeza el éxodo de una multitud hambrienta que vaga largamente por el desierto en dirección al sur. En la soledad de la montaña, frente a las fuentes del Nilo, el peregrino vive todas las etapas de la *Ascética*, después de lo cual vuelve a la acción para fundar una ciudad ideal en las orillas del gran lago madre del Nilo. Pero la obra es destruida por un devastador cataclismo, en el cual perecen los últimos compañeros que le restaban al héroe. Ulises, ahora asceta solitario, retoma la senda del sur y se adentra en selvas enmarañadas. Su mente, cada vez más libre de ilusiones y anhelos, crea seres imaginarios que son actores de un largo y sangriento drama en la rapsodia XVII. A través

¹⁸ A. Decaux, “Préface à *l’Odyssée*”, trad. J. Moatti, Ed. Richelieu-Plon, Paris, 1969, p. 10.

de su peregrinar, Odiseo conoce variados personajes, que representan diversas concepciones de la vida. La prostituta Margaró, quien ha elegido el camino del amor; el príncipe Madretierra, especie de fantasma de Hamlet surgido de las profundidades del Africa; el Eremita, que se desligó de todos los bienes terrenales en vida y cuya mano, una vez muerto, permanece erguida y abierta, ávida de un puñado de tierra, que Ulises deposita en ella para que se cierre; el Capitán Uno, sombra de Don Quijote, quien, cabalgando un débil camello y portando viejas e inútiles armas, sale a luchar por la libertad y es salvado por Odiseo de morir a manos de caníbales; el Hedonista, señor de una torre edificada en medio de pantanos, para quien el único valor existente en la tierra es el placer; el Hombre Primitivo, representado por un jefe negro que ha asesinado a uno de sus doce hijos y que es muerto y comido por los once restantes. Ya en las costas del sur de Africa, y mientras construye la barca en forma de ataúd que lo llevará a los hielos polares, Odiseo se encuentra con un joven pescador negro, que predica una religión del todo nueva y habla sobre un Padre celestial que ama a los hombres.

Después, el peregrino se embarca hacia el extremo septentrional del océano. En unas tierras heladas por las que pasa antes de llegar a la región antártica, asiste a los últimos días de una raza de hombres de las nieves, dominados por el miedo, y que terminan hundiéndose entre los témpanos, al adelantarse la primavera y no alcanzar ellos a emigrar a lugares firmes. En una embarcación de cuero ensebado que esos hombres alcanzaron a obsequiarle, Ulises prosigue la travesía. Destruída su barca cuando choca con un témpano, el asceta, reducido ya casi a huesos y piel, sube a uno de esos fantasmagóricos montes de hielo. Hasta allí llegarán las sombras de todos aquellos a quienes amó en vida, surgiendo de las tumbas y de los siglos. Asimismo, allí, después de haberlo visitado varias veces, bajo diversas formas, a lo largo de su errar, llega a verlo Caronte, la muerte, asimilado ahora totalmente al asceta en las apariencias, y lo acompaña hasta su último y débil sonreír y su disolución en la nada.

A la constante presencia de la muerte en la obra cumbre del escritor griego hemos dedicado la parte más extensa de un ensayo acerca de “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”. Se trata de un tema apasionante y vasto, que no podemos abordar aquí. Nos limitaremos a recordar las dos visitas de Ulises a los muertos, las cuales no constituyen descensos propiamente tales al mundo del Hades, aun cuando en ambos

episodios así como en muchas otras alusiones al lugar de los muertos y a la actitud que éstos tienen respecto de su condición, podemos decir que el autor no se aparta en lo esencial de la concepción de la existencia ultraterrena que nos entrega la poesía popular neogriega.

El comienzo del poema parece conectarse directamente con el verso 477 de la rapsodia XXII del poema homérico en que termina la masacre: “Cuando a los insolentes jóvenes Ulises hubo muerto / en los vastos patios, colgó el arco ya saciado”.

Comienza el reconocimiento de su palacio y sus cosas y se produce el encuentro con su hijo y su esposa, experiencias ambas que le dejan una sensación de desilusión y desencanto. Y análogos sentimientos despierta en sus parientes el peregrino con su apariencia feroz tras la sangrienta venganza. Hace frente a una sublevación de las viudas y madres de itacenses caídos en Troya, y la domina. Sentimientos encontrados comienzan a turbar a su alma, probada en tantas peripecias y penurias. Quiere contemplar desde lo alto la tierra natal, pedregosa y pobre, que durante veinte años recordó con nostalgia. Pero cuando empieza a escuchar los rumores del campo que anuncian la primavera, oye también las voces de los antepasados. Y los visita en la parte del jardín del palacio que les sirve de lugar de descanso sin fin.

Ya despierta el día cual una artesana, se llena el mundo de alas,
y de trinos, de rumor de animales y vocerío humano,
y a lo lejos se oyó en los viejos olivos el canto del cuclillo.
Y cuando el oído aguzó para gozar los sonos de la primavera,
como tierra removida, con nueva yerba su mente descubrióse:
se ablanda el corazón del de-los-largos-viajes y ascienden voces dulces
desde el suelo, tratando de seducirlo: “Ven, nieto, ven;
ven tú, el biznieto, con la rebozante crátera!”.
Se estremeció el matador, husmeando a los antepasados
y sus velludas narices se llenaron con el olor del camomilo funerario.
Se levanta de un salto, mira en torno y elige una vasija
grande de cobre en que vino llevarán para los celebrantes,
e inclinándose a la cárcava, con crátera de dos asas
fue llenando el ánfora de sangre para los ascendientes.
La colmó, la cubrió con tomillo perfumado,
y tomó el viejo sendero-de-recodos- en las enmohecidas tumbas.
En su pecho cual cangrejos brincan todos los muertos

y extienden sus tenazas desfallecidas y sus vientres cetrinos.

“¡Ay de mí! Se multiplicaron los difuntos y me arrojarán por tierra!”. Mas cuando lo golpeó la brisa de la montaña verde, volvió a reanimarse: despedían aromas las aulagas, y en la ajedrea nueva libaban las abejas, cortaban la luz las golondrinas cual espadas y sus vientres albísimos fulguraban tibios y plenos de amor en el aire oloroso a vegetales. Aletearon sus narices y aspiraron la isla entera, hasta allá abajo, hasta la playa de almizcle perfumada, con sus algas marinas de hojas gruesas. “Buena es la tierra, Dios mío –murmuró– ojos, narices y manos, lengua y oídos, cómo se ablandan y pacen insaciables por el suelo”.

Los antepasados lo siguen llamando y Odiseo debe postergar su anhelo de contemplar la faz entera de su isla, para dar preferencia al deber sagrado.

Mas gritaron otra vez en su interior los ancestros y volvió a tomar entonces el sendero sagrado para ir a abreviar las gargantas desfallecidas de la tierra.

Por cuánto tiempo en sus lechos de piedra, las espadas al lado, las quijadas abiertas, no cerradas, esperan al vástago los muertos.

Y temió el gran vagabundo que hubiera tardado en arribar y que ya los difuntos hubieran desaparecido, sofocados por la yerba.

Pero he aquí que aparece la terrible balaustrada,

construida con sillares de bien cortados ángulos, ensamblados cual

[huesos de cráneos

Negras almas, en forma de cornejas, se posaban alineadas sobre el muro y en cuanto divisaron a Odiseo, que subía con las ánforas colmadas, abrieron los hondos y gruesos picos y mudas se apercharon las unas en la higuera que, insaciable, devoraba el gineceo de las muertas, las otras en la encina que sorbía la vida de los varones enterrados.

En el umbral sin salida se detuvo en silencio el rodador-de-mundos; la roca aparta que obstruía la pasada, y entra en el recinto.

Quedamente las tumbas digerían bajo el fuego del sol y arraigaba la yedra temeraria entre las hendiduras de las piedras.

Honda dulzura, serenidad, aroma; y las abejas zumbaban y se extendía el camomilo por el suelo como espejeo de astros.

En la pesada roca del dintel, esculpida en lo alto, una vieja grulla abría sus alas que vivieron largos-viajes, magro carretero de los cielos, en su huesuda espalda

y en las hondas cavidades de su cuello portaba unas golondrinas y jugando las mecía al aire tibio.

Y de pronto el vástago feroz se dio cuenta de que en ese esqueleto el padre desconocido de su ruda estirpe lo observaba.

“Mil veces enhorabuena te encontré, abuelo refugio-de-golondrinas” exclama al matador y destapando el ánfora arroja sangre con los puños llenos para que reviva el abuelo al beberla.

No hay como en la vieja *Odisea* homérica ni como en la rapsodia XIV del poema contemporáneo, diálogo con los muertos. Estos van reviviendo y “viven”, si así pudiera decirse, por unos instantes, participando de la danza de Ulises, tomándose de sus pies, sus brazos, de su cuello. En un torbellino se aúnan el ritmo del viejo héroe peregrino y el de los difuntos que tanto tiempo han esperado su regreso, a fin de que los tornara aunque fuera por unos momentos al mundo de la luz y el movimiento. Sigamos un poco más adelante conducidos por los versos del poeta cretense:

Crió alas la mente del varón-de-siete-almas y se alzó cual cigüeña,
y sus ensangrentadas manos, el cuello y las rodillas le temblaron
al percibir cómo tantean vacilantes los invisibles espíritus,
quién es, amigo o enemigo, qué busca y qué lleva en el hombro,
y topaban la crátera, diz que muchos picos pequeños picoteaban.
Y cual cazador de aves que deja caer cebada y la esparce en el suelo,
así sobre las lápidas gruesas gotas de sangre derramaba
y con gutural cloqueo a las almas llamaba, que vengan a beber.
En medio de las tumbas se arrodilla y descubrió la negra cárcava
y se mezcla el tibio aliento del viviente con las quijadas de los muertos
y hacia la tierra vierte la vasija, como un cuello segado.
E hilillos gorgoteantes formaba la sangre que descendían al Hades.
Cual enlodados animales que duermen, de espaldas en el suelo deshacíanse
estrechamente apilados los difuntos con sus blancas calaveras roídas-por-
[el-polvo.

Al borde la fosa funeraria agachóse el rodador-de-mundos
y hundiendo el oído en tierra en el Hades escuchaba
crujir los huesos y los cuellos cobrar nueva consistencia
y rudos entre la tierra los puños las dagas agarrar
y cual tiendas de guerra lejanas las tumbas resonaban.

Bebían la sangre humana, se animaban y relamiéndose los labios, hacia la luz alzaban las cabezas fangosas, moviéndose cual sierpes que como trenzas al sol se contonean.

Y en tanto ellos se animaban, gemía y también vigor cobraba el alma de
[Odiseo.

Erguido se mantiene y con sus pies aparta las piedras de los sepulcros, arcillas y cenizas de toros ofrendados, y de este modo forma un coro festivo en el cercado de la Muerte¹⁹.

No hay, como decíamos, diálogo con los muertos en esta visita de Ulises al jardín de los difuntos. Como en tantas ocasiones, dentro del largo peregrinar de Odiseo, éste, cual si fuera un moderno cretense, cuya forma de expresión vital más auténtica fuera la danza, se pone a bailar y termina su movida ceremonia con un elogio de la lápida, es decir, de la muerte. Se desnuda para el rito y aparece su cuerpo tatuado con los signos astrales.

Lanza la túnica lejos de los hombros y al sol resplandeció su cuerpo
[enjuto

tronco vigoroso poblado de heridas, y centellearon en las quemadas espaldas, danzando, las doce figuras de los astros. Abría las tenazas Escorpión, el León cazaba; sobre el vientre, resbalando, nadaban los Peces en pareja; sobre el ombligo justamente se equilibraba la Balanza. Tocan sus pies trémulos la tierra, como si ésta viviera, y una danza suave y arrastrada empiezan en el funerario redondel. Invoca primero a los varones, y los abuelos corroídos con sus armas herrumbosas se estremecen, y se tocan los hombros y sacuden de sus barbas los insaciables gusanos. Luego pisa lentamente el gineceo y saluda con unción a las viejas raíces –hoy en el polvo– que amamantaron su estirpe, y cual granadas ábrense las lápidas, arrojando sus frutos. La mano tibia del nieto agarraron las madres y empezaron a andar cual perdices-de-las-piedras que presuntuosas golpean señoriales la tierra con sus patas desnudas, olorosas a yerba.

¹⁹ N. Kazantzakis, *Odisea*, I, v. 668-694, 695-723, 723-749.

Y el varón peregrino delante de ellas salta y grita con voz ronca:
“¡Jay, jay, esbeltas cual candelabros y con trenzas de herbaje!
¡Fulguraron otra vez vuestros tobillos al sol como manzanas rojas!
Vamos, abuelos míos, de nuevo anima el aire vuestra entraña,
y salto yo adelante –vuestro nieto– e inicio la canción.
Nunca deseé –puedo jurarlo– la lápida elogiar, pero ahora
para vuestro contento lo haré con mil adornos.
¡Oh ala, ala fecunda que te tiendes sobre el polvo
y empollas los magnos huevos y calientas las grandes águilas,
lápida mía, águila mía, cómo fecundan tus huevos mi espíritu!”
Así danzaba el que arrastra-las-almas; a los ancestros despertaba;
unos se agarraban de sus brazos; otros se cogían de sus pies;
y otros como sonajas de halcón se colgaban de su cuello.
Largo rato bailaba con los progenitores de su estirpe,
ya de la mano conduciendo la hilera,
ya separado, con los pies livianos, y se le aligeraba el corazón
cual golondrina que aleteando por-abril-retorna.
Pero ya se derramaba gota a gota el airoso mediodía;
ya se sació, cesa la danza y del recinto se despide;
y toma de prisa un sendero de cabras para alcanzar la cumbre:
ansiaba con la vista de su isla gozar la plenitud²⁰.

En la rapsodia XIV, en una especie de alto en el largo errar en busca de un sentido para la existencia humana, Ulises reproduce el camino de la *Ascética*, aquel programa filosófico-poético-vital esbozado en el opúsculo homónimo de 1923. Se nos presenta aquí otro encuentro del peregrino con el mundo de los muertos. Allí, en las profundidades del Africa, después de haber vivido múltiples y variadas experiencias y antes de emprender su mayor empeño: la construcción de una ciudad ideal, Odiseo quiere vivir las etapas de la *ascesis*, en una especie de purificación total. En ese retiro, en esa soledad total, mientras está entregado a la meditación sobre la vida, el asceta va a encontrarse de nuevo con los muertos. Pero no hay tampoco aquí una “Katábasis”, un descenso al Hades. Es durante el sueño cuando el viejo Odiseo entrega su propia sangre para revivir fugazmente a los amigos más

²⁰ Ibid., I, v. 750-788.

fieles que lo siguieron en sus peripecias, desde su nueva y definitiva salida desde Itaca. Ve brevemente a la sombra de su padre; rechaza a muchos antepasados que anhelan reanimarse un instante siquiera. Con dolor reconoce a Ostrero y Karterós, sus dos camaradas más queridos. Del último se había despedido en vida, dejándolo instalado como rey de un pueblo africano. Llegan también a aparecer por un momento los semidioses que presidieron su nacimiento: Tántalo, Heracles y Prometeo; pero no es claro el mensaje que parecen querer entregarle. Lo apostrofan primero por pretender asentarse en un lugar, fundar una ciudad y dejar su ascético peregrinar sin rumbo; pero después parecen animarlo a nuevas acciones. Y al final, el sueño y las sombras de los muertos se disipan.

Veamos, pues, algunos pasajes de este nuevo platicar de Odiseo con algunos de aquellos que en el Hades rumian la tristeza de no estar ya vivos. El asceta está dormido:

Como un río, tendido en el peñasco, está durmiendo el arquero,
y sus manos llameantes, bien abiertas, destilaban estrellas.
Su pecho salta como dos fuentes, clama como dos almas;
diz que varón y mujer, la más antigua pareja, en las entrañas,
corazón y espíritu, la gran pareja, riñe ferozmente.
Escuchándolos sonrío el-de-los-mil-padecimientos,
cómo rompen su vientre, cómo aran en su pecho;
y se alegraba igual que el labrador que acomoda los bueyes.
“Vamos mi delgado Negro y tú, mi Blanco, romped la tierra,
muy pequeño es mi terreno, mas lo he de sembrar de trigo,
para que todos comamos y seamos saciados, bestias y humanos;
adelante, hasta que la muerte venga, enbuenora a quitarnos el yugo.
Así el labrador aquíjaba a sus dos fieles animales
en los prados de-hondos-surcos de su profundo sueño”.

En medio de ese sueño se escuchará el grito de los antepasados que anhelan revivir, bebiendo la sangre misma del asceta, la sangre de sus entrañas; y éste la da a raudales –sueño es y puede hacerlo–, pero debe elegir a algunas sombras y apartar a la multitud que se atropella para revivir un instante, aunque sea en medio del sueño de un hombre. Con cruel realismo, Ulises debe rechazar a muchos que erradamente buscan todavía agua, pan y mujer, bienes de la tierra perdida.

Y se oye de repente un terrible alarido en las entrañas: “¿Auxilio!”
Se atemorizó el espíritu y cual tímido conejo se ocultó en la madriguera;
mas el corazón, profunda llaga muy abierta, exclama con valor:
“¡Yo derramo mi sangre y que vengan a beber los oscuros ancestros!”
Y mientras así gritaba, en los hondos sótanos del arquero
las entrañas comenzaron a temblar y las tumbas se abrieron:
¡ay, cómo se arrojan los muertos a beber la tibieza del hombre!
Agachado, el matador se estremece viendo a los antepasados
a los viejos amigos que desaparecieron, a las sombras que amaba,
abalanzarse apiñados para beber sus venas y poder revivir.
Se precipitan en oleadas a su entraña y gimen los difuntos;
abrazan sus pies y los besan, se cuelgan de sus costados,
y los más temerarios chillan sobre su cráneo igual como halcones:
“Quiero tomar tu sangre –gimen– para poder erguirme sobre el suelo;
para volver a comer un trozo de dulce pan, beber una gota de agua,
para rozar otra vez en la noche un suave cuerpo de mujer!”
Mas él, implacablemente, escoge en el sumidero de su corazón;
en la mano tenía un largo palo y rechaza a aquellas sombras:
“Atrás, derrumbaos en el Tártaro, no volváis nunca más;
difícil cosa os habéis elegido: agua, pan, mujer”.
Su padre apareció y extendióle sus trémulos labios,
pero con el talón aparta el hijo de sí a su progenitor:
“Padre, tu viña en la tierra bien la cultivaste;
comiste y bebiste y engendraste un hijo mejor que tú, y basta!”
Se precipitan los antepasados, abuelos, bisabuelos, como animales jadeantes,
pero alza su picana el peregrino y los derrumba en el Hades.
“Ya no tiene la tierra necesidad de nosotros; no puede volver atrás!”

Pero para sus dos queridos e inseparables amigos, Ostrero y Karterós,
tiene Odiseo expresiones de dolido sentimiento, al saber ahora de sus muer-
tes, y parece revivir la terrible sensación que allá en la rapsodia XI del viejo
poema tuvo –cuántos cientos o miles de años atrás– cuando quiso abrazar
a la figura de su madre, pero la sombra se esfumó entre sus brazos. Además,
ya casi no tiene sangre para darla a sus camaradas:

Mas de improviso palpita el corazón, palidece el-de-mente-de-león:
allá en un extremo divisa a Ostrero que abre y cierra los labios

y se arrastra hacia la cavidad del corazón a beber una gota de sangre.
“¡Mi Ostrero”, grita y abre con ímpetu los brazos anhelantes.
Y él alzó la mirada, pálido, y le sonríe amargamente;
trata de sacar una palabra, mas no puede: su garganta está carbonizada,
y se arrastra hasta el corazón del compañero para poder revivir.
Se llenaron de lágrimas los ojos del arquero, pero levanta el cayado:
“Mi Ostrero, ¡estoy en gran necesidad y la sangre es muy poca!
retorna al polvo y déjame dar de beber a otros mejores”.
Dijo así. Y Ostrero palideció –humo tembloroso– y se desvaneció.

Pero le queda todavía por ver, entre otras tantas sombras que pugnan por revivir, al querido Karterós:

Y cuando sumergió Odiseo su mirada en lo hondo de la memoria,
divisa en el borde de la fosa de improviso una sombra pesada
que se erguía en silencio, con una espada clavada en el cráneo:
“¡Herrero mío –exclama dolorido el solitario–, amigo sin sonrisa,
ya te quitaron la corona y ya no vives bajo el sol!”
Mas Karterós, cual un rinoceronte mudo, hozaba en el suelo
y camina para llegar al corazón y beber también él sangre:
diríase que lo han asesinado, pero conserva toda su energía.
Pero mientras pateaba apartando sin piedad a las desfallecientes sombras
retrocedió de repente con terror y se sumió como un sapo en el cieno²¹.

La llegada de los tres antiquísimos ancestros, Tántalo, Prometeo y Heracles, interrumpe la plática con los muertos y preludia el final del sueño.

Por último, de los diversos encuentros de Odiseo con Caronte, y antes del final y definitivo en los hielos antárticos, nos interesa recordar uno, en el cual está muy presente la humanización de la muerte que hace la poesía popular griega. Hay aquí en este pasaje, además, reminiscencias de poemas de ciclos heroico-novelescos, con raíces en los siglos X-XI-XII, en los que se pinta a un moro, a un musulmán gigante, en cuyos miembros pueden alojar parejas de humanos. Aquí, en la rapsodia VI, Caronte viene a visitar a su camarada Ulises y se queda dormido junto él:

²¹ Ibid., XIV, 284-297, 316-342, 346-361, 373-379.

Se agitaron las cañas como un pueblo y las aguas crecieron
y envolvieron su mente como un árbol, regándola hasta lo hondo.
Y con suavidad, de los laureles-rosa y de los cañales
se difundió una brisa dulce y cogió sus párpados el sueño.
Y vino Caronte y se tendió cuan largo es a su costado;
se cansó de merodear toda la noche; los ojos le pesaban
y deseó también él en el arroyo, con su viejo camarada,
tenderse a la sombra de un algarrobo a dormir un instante.
Lanza ligera sus manos de huesos al pecho del arquero,
y así, abrazados, bajaron los amigos hasta el sueño.
Duerme Caronte y sueña que todavía viven hombres,
que aún se alzarón en la tierra casas, palacios, soberanos,
y lograron crecer huertos, y debajo de sus sombra
aún pasean señoras nobles y sus damas entonan cantos.
Sueña que un sol apareció y que una luna alumbra,
y acaso que gira la rueda de la tierra y lleva cada año
yerbas y flores, frutos variadísimos, dulces lluvias y nieves,
y quizás de nuevo torne todo ello y la tierra se renueve.
Ríe Caronte secretamente en su sueño; lo sabe; es sueño,
aire multicolor, una fantasía de su mente cansada.
Y poco a poco, perdió la vida el pudor y tomó vuelo la rueda;
abre la tierra sus vísceras, hambrientas, penetra el sol y la lluvia,
e innúmeros huevos germinaron, se llenó el mundo de larvas;
y parten densas bandadas de aves, de fieras y de humanos
y de pensamientos, y se precipitan a devorar a Caronte dormido.
Y una pareja de hombres se instaló en sus narices-cavernas;
encienden lumbre y la avivan y preparan su merienda
y colgaron la cuna del hijo en su tosco labio superior.
Siente Caronte cosquillar los labios, las narices le hormiguan:
sólo un instante se durmió la Muerte y soñó con la Vida²².

²² Ibid., VI, 1261-1292. Sobre el texto de la *Odisea* en castellano, véase la nota 3. De la edición de 1975 se hizo una reimpresión sin nueva data. En cuanto a la *Ascética*, puede verse la traducción española de Enrique Obregón, con el título de *Ascesis*: N. Kazantzakis, *Obras Selectas*, vol. III, Edit. Planeta, Barcelona, 1968.